

diéndose bajo de tierra en una descomposición indispensable, que no será su ruina, que será su renacimiento. El pueblo italiano y el pueblo germánico y el pueblo húngaro, no sabían el año 48 á quien fiar su libertad. Necesitaban ésta indudablemente de un poder bien organizado y fuerte para establecerse y triunfar. En parte alguna se observa con tal claridad la perenne ascensión de los pueblos á sus derechos y soberanías como en las obras sociales, obras verdaderamente geológicas. Rotos los demócratas franceses, rotos los demócratas húngaros, rotos los demócratas italianos, no había más remedio que buscar soluciones evolutivas y templadas para el triunfo de la democracia. Así Alemania debió confiar su indispensable unidad á Prusia; Italia por su parte, al Piamonte; Hungría, tan rebelde á toda reconciliación de suyo, el año 48, á Deak; y Francia también, para establecer su república y organizarla con alguna fuerza, tuvo que apelar á los viejos conservadores y parlamentarios, de quienes se había separado á tan larga distancia entre los horrores de la pasión revolucionaria.

Como se ve, Italia y Alemania y Hungría buscaban soluciones análogas; la solución de su independencia y unidad dentro de relativas libertades. Mas el imperio francés, contradicción viva en su política interior, debía también resultar contradicción manifiesta en su política extranjera. Así como creía representar los principios del 89 con el sufragio universal y tomaba formas imperiales, creía representar la causa de las nacionalidades y contrastaba por medio de su ocupación en Roma la unidad italiana y combatía por medio de maniobras diplomáticas la extensión de Prusia. En el fondo no sabía qué hacerse. Su tradición le llevaba como de la mano á romper los tratados del 15, y una corriente grandísima de opinión á sostener estos tratados. Y mientras el Imperio francés no sabía qué hacerse, ¡oh! sabíalo Prusia con toda perfección y á ciencia cierta. Como el Piamonte representaba la unidad de Italia, Prusia representaba la unidad de Alemania. Pero había una diferencia entre uno y otro Estado, á saber, que mientras el Piamonte representaba la unidad con la libertad, Prusia representaba la unidad con la guerra. Y representaba la unidad con la guerra porque sabía que para imponer su pensamiento así dentro cual fuera de Alemania, necesitaba de que sus legiones le granjearan una ruidosa victoria, pues ni los pueblos le seguían, y la detestaban hasta los gobiernos y los Estados alemanes sujetos á perecer en su victoria. Así, cuando Prusia inició su guerra con Austria, vióse abandonada por completo de los gobiernos alemanes, si no combatida. Entonces, delante de aquella contrariedad se constituyó el organismo nuevo político llamado con este título, «Confederación de la Alemania del Norte». Por singularidad verdaderamente germánica, los Estados Rhinianos, que constituían parte de Prusia, se hallaban de su capitalidad y metrópoli separados por interposiciones verdaderamente increíbles, interposiciones concluidas con este arreglo, que, dando á Prusia mayor uniformidad y mayor consistencia, provocó los enojosos franceses y trajo consigo una terrible declaración de gue-

rra. Sabida es la causa ocasional de tan grave conflicto. Organizada Prusia fuertemente para la guerra que vió venir desde su negativa terrible á ceder parte ninguna del Rhin, encontróse frente á frente de un César imprevisor, el cual no había hecho nada conducente á la victoria. Cuanto más en las causas del conflicto prusiano ahonda uno, más claramente observa cómo la guerra, que Napoleón promoviera, no tuvo fin alguno, sino el personal y dinástico. Mientras Italia y Crimea doraron las cadenas de los franceses con el falso brillo de la gloria militar, no hubo necesidad ninguna de invocar y traer las viejas libertades siempre deseadas y queridas; pero, en cuanto la unidad alcanzada por Prusia tras la guerra de Austria se tomó por una derrota del Imperio, tuvo éste que abrir un poco la losa puesta sobre la cabeza de los franceses y darles así aire como luz de libertad. Y en cuanto recibieron ese aire y esa luz de libertad, comenzaron á verse las hondas heridas que abriera el imperio francés así en el organismo como en el alma de Francia. Y reconociéndose la nación al dolor de las heridas exacerbadas por el aire y por el sol de la libertad, Napoleón tuvo nuevamente que revestir los caracteres imperiales y tuvo que apelar al Plebiscito dentro de Francia y al combate fuera. En el Plebiscito buscó esta significación, la de su entera superioridad, sobre las Cámaras, y en el combate esta otra significación, la de su gloria, con cuya virtud y eficacia podía dorar las cadenas de los franceses tan difíciles de soportar después que habían sido completamente deslustradas por sus derrotas. De tal derrota salió armado con todas sus armas el Imperio alemán. En el ostentoso palacio de Versalles, á la vista del inmenso París bombardeado por los obuses germánicos, entre los relampagueos del siniestro incendio y los miasmas de una peste asoladora, reuniéronse como animales carniceros los Reyes germánicos y proclamaron el imperio de la conquista y de la guerra. Este imperio tomó la forma siguiente debida de todo en todo á las provocaciones bonapartistas, tomó la mayor forma de unidad que podían comportar y soportar los fraccionamientos de Alemania. Pasó ésta la línea del Mein defendida tantas veces á su paso por las tenacidades napoleónicas. Subió el presidente de la confederación del Norte á Emperador hereditario de Alemania entera. Alsacia y Lorena, con las dos ciudades tan amadas por los franceses, como las dos ciudades de Metz y Estrasburgo, quedaron incorporadas á Prusia. Sesenta y cuatro años hacía que cayera el sacro imperio romano destruído por la victoriosa espada del primer Bonaparte, cuando surgía el nuevo Imperio alemán merced á los errores del tercer Bonaparte. Aquella inmensa Monarquía de Carlo Magno fragmentándose ahora en dos porciones más apartadas y más divididas que lo estuvieron nunca jamás en tiempo alguno de la Historia. Mientras componían los francos una República democrática, los alemanes componían un imperio protestante. Así es que aquel pacto de Carlo Magno, aquel pacto entre la Roma Pontificia y el imperio de Occidente se abrogó en este minuto supremo de la Historia moderna. Pero el mundo no descansó, á pesar de haber salido en esta grande generación de

ideas dos instituciones tan deseadas como la unidad germánica y la democracia francesa. Para nuestra desgracia y por nuestro mal, entre ambas instituciones se alzó un espectro tan terrible como el espectro de la guerra. Y al ver la guerra, no obstante los progresos, antójásenos haber adelantado muy poco. Pero no puede negarse que hemos salido casi de la revolución y que vamos á la evolución.

Quizá la señal mayor del carácter de nuestro tiempo es un cambio tan profundo, como el que nos trae desde la situación revolucionaria, iniciada el 89, á una situación evolutiva. La sublime aparición del hombre y su familia en el mundo, es lo único que puede compararse con este advenimiento de la democracia universal. Pero esta universalidad del elemento democrático contemporáneo, cuya idea parece como el oxígeno en la creación, cuya fuerza, como las afinidades en moléculas y como las atracciones en moles, desconociase por completo en los tiempos pretéritos, que llevaban en sus senos los residuos de las castas, y con los residuos de las castas esa terrible superstición del todo contradictoria con los principios democráticos, la superstición del privilegio. Con decir que las democracias de Atenas y de Roma tuvieron esclavos muy ceñidos á sus fundamentos, y que las ciudades en los siglos medios constituían una colectividad feudal, está dicho cuanto decirse puede ya sobre las diferencias entre las democracias históricas y las democracias modernas. Hay en el principio democrático, siquier esté sólo en sus rudimentos y comienzos, imperfecto, esbozado, incertísimo, una tal excelsa virtud que puede triunfar de los Faraones, como la tribu israelita; de los Darios y Ciro, como las repúblicas griegas; de los Tarquinos, como el pueblo rey; de los Barbarrojas, como las ciudades lombardas; esparciendo ideales en la Historia, los cuales por la corriente del tiempo cristalizados, han podido transmitirnos cultura intelectual y estética como la griega ó la italiana; principios morales con los descendidos del alto Sinaí, entre relámpagos reveladores en las tablas del gran profeta republicano, que se llamaba Moisés; pero no hubo entonces las extensas y numerosísimas sociedades democráticas de hoy, estas naciones altísimas en su personalidad política que han resuelto el problema de gobernarse á sí mismas por medio de una delegación emanada de todos los ciudadanos directa ó indirectamente, quienes libres é iguales en sus derechos propios, conocidos con el nombre de humanos derechos, encarnan el ideal más luminoso y más bello entre todos los ideales que han conocido los siglos.

Esta formación de la democracia en que vivimos, háse mucho semejado á la formación del planeta en que habitamos. La Historia se acerca de suyo á la geología y la geología de suyo á la Historia. En aquélla, van los terrenos sobreponiéndose unos á otros, y en ésta van sobreponiéndose los tiempos. Mas cual una serie de revoluciones geodésicas, han concluido por formar la corteza terrestre, á la que se amolda la humanidad, como el alma suele amoldarse al cuerpo, también otra serie de revoluciones políticas, han concluido por formar la nueva sociedad, á cuyo complejo natural organismo, sólo puede amoldarse la de-

mocracia. Recordad cuanto la ciencia nos dice de la formación del planeta nuestro, y veréis qué serie tan encadena la y lógica de relaciones tiene con la formación del mundo moderno. Pues mucho de lo sucedido con el planeta nuestro desde que fué materia incandescente hasta que fué *humus* vegetal y habitación humana, mucho de todo esto hále pesado á la sociedad nuestra desde que fué guerra y exterminio hasta que fué verdadera democracia. Un volcán en erupción os dará idea de la tierra en el período solar, y un campo cultivadísimo, idea de la tierra en el período humano. Pues el hombre prehistórico, abrigado con la piel de los brutos que inola en sus combates; ornado y ceñido con las piedras multicolores y las conchas que recoge por los suelos; guarecido dentro de las cavernas en cempañía con los osos gigantes; puesto por la necesidad al husmeo de los mil enemigos alzados á combatirle y contrariarle continuamente, lo mismo en las especies inferiores que en su propia especie, y lo mismo en su propia especie que en todos los medios ambientes; armado con su puñal y su cuchillo y su hacha de corte tosco; este hombre colocado frente al filósofo que indaga y anota las ideas puras, frente al artista que oye las melodías celestes y las repite con inspiración divina en cánticos maravillosos, junto al inventor que guarda el rayo en argentada lámpara ó le obliga imperioso á someterse encadenado al telégrafo y repetir la voz y la palabra humana en el fonógrafo; un hombre primitivo poco distante del bruto, y Franklin y Lamartine y Murillo, tan cerca del empero y tan inspirados por Dios, enseñan cuánto la humanidad ha corrido, por series progresivas, desde que yacía en confusión casi con la materia inerte, como un protoplasma indistinto, hasta que se ha levantado esta sociedad moderna democrática, la cual, Prometeo redimido, lleva en sus manos el fuego avivado por la industria para esclarecer el mundo, y en su frente las idealidades sublimes del Cristianismo y de la ciencia. Para comprender la distancia mediante de un extremo á otro extremo del mundo social y de un polo á otro polo del género humano, basta que nosotros mismos podamos ponernos con los recuerdos históricos en el caso de los que fueron, y con las observaciones políticas ó sociales en el caso de los que son; y con las esperanzas artísticas que tanto agorean y con la intuición científica que tanto promete y anuncia en el caso de los que serán, siendo así todos los dolores pasados de la humanidad como si fueran en nuestras edades propias, y presintiendo así todos los goces futuros, como si asistiéramos á la consumación de los siglos. ¡Cuándo el éter universal no se habrá transformado para verse convertido de átomo en ideal! Yo, cuando me reconozco y estudio, veo que mi ser ha pasado por todas esas fases y ha recorrido todas esas vías en lo infinito. Yo siento mi parentesco estrechísimo con todos los seres creados, pero también lo siento con todas las ideas increadas. Y hemos, á no dudarlo, sido luz, calor, gas en el viaje aerolítico y comentario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, cuando se desprendía como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la pristina levadura de la condensación del suelo,

encontrando las raíces de nuestro cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra que señalan en lápidas inquebrantables y epígrafes indelebles la triunfal ascensión de todos los organismos; crecemos con el zoófito y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el reptil frío por la tierra caldeada, después de haber sentido las transformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de ricos nervios, compuestos de multicolores plumas en el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva, hemos guerreado en el tigre y en el león; hemos corrido cual el caballo y el ciervo; hemos hasta sido, si queréis, los ridículos bufones de la creación universal con el tití, con el orangután, con el macaco; pero desde la hora en que llegamos al organismo nuestro, al organismo humano, á este organismo superior, notamos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivía en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más luminoso que todo el éther cósmico, más rápido que toda la electricidad astral, más vívido que todo el calor vivificante, sí, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso, que se llama pensamiento y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que esta fuerza y este sol nos pertenecían, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar por otra pasión amarguísima, tan larga como la sufrida en los viajes nuestros por la materia universal; y hemos sido parias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro instrumento de trabajo para provecho de otro; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los redentores, y nos han revelado nuestro derecho, y han roto la cadena en nuestras manos y han apartado el látigo de nuestras espaldas y nos han creado nuevamente, dándonos como una segunda vida en la vida social, y somos ya ciudadanos; victoria que no pueda satisfacerlos aún; pues, cumplido nuestro ministerio y fin en la tierra, después de haber trabajado por el bien de la humanidad y por los progresos del planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos cielos; por las armonías de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más vívida, por el amor á lo perfecto, y hemos de trabajar ascendiendo en la escala del progreso, á trechos manchada de sangre y á trechos cubierta de tinieblas, pero erigida entre lo contingente y lo absoluto, para que allá en su escalón último nos encontremos frente á frente con nuestro Creador, con nuestro Dios.

Sin esta intensísima simpatía por la Naturaleza, por la sociedad, por la Historia, imposible conocer la democracia. Como el cerebro humano, brotando en la cima del mundo, á quien llamamos orgánico, lleva en sí mismo una evolución sobrehumana; la democracia brotando en las esferas más altas de la sociedad y de la Historia, promete una evolución supra-democrática. Pero no tratemos de indagar lo porvenir; bástenos con estudiar y reconocer lo presente. A nuestros mismos ojos, en el medio siglo; poco más ó menos, que lleva de vida nuestra generación, la democracia, este mismo elemento ha pasado con medida

desde la revolución á la evolución. Según el estado á que ha venido la ciencia, y el uso de las dos palabras antedichas, excusamos todo género de baldías explicaciones. En la revolución, en sus períodos creadores, prescinden los revolucionarios del tiempo; apela á la fuerza; improvisan fórmulas de más ó menos progresivas soluciones; y derritiendo á un calor intensísimo el suelo social, créenlo aparejado y apercebido á recibir en sus lavas ardientes y humeantes las fáciles impresiones de todos los ideales. En el período evolutivo sucede precisamente lo contrario; el tiempo y su fuerza creadora entran como principal motor del progreso medido y graduado. A la improvisación súbita suceden las reflexiones sociales. Imponiase la serie lógica en tal estado de la mente colectiva, y sábese que así como para llegar al extremo de una línea no se puede prescindir de los puntos intermedios y para llegar á un término del tiempo no se puede prescindir de los minutos anteriores á ese término; ¡oh! para llegar á una fase del progreso no puede prescindirse de las fases anteriores y precedentes, que las generan y las preparan. El revolucionario, cuando la tierra oscila bajo sus plantas, y el cielo relampaguea sobre su cabeza, iluminado por la tempestad, agitadísimo á los impulsos y sacudimientos del terreno, cree poder dominar lo porvenir y dirigirlo con la nerviosa Pitonisa en su trípode, ó dictar leyes irrevocables al pueblo, como el poeta iluminado por las nubes tonantes y las zarzas ardientes del Horeb. El evolucionista, por lo contrario, si cree á su vez en el ideal, no cree que pueda realizarse todo en rápido minuto de improvisada creación. No cree la evolución un período histórico y social rarísimo, no la cree tabla, donde puede todo inscribirse; la cree consecuencia de los tiempos anteriores, y, como consecuencia de los tiempos anteriores, condenada por completa á no prescindir de su herencia y á no desarraigar todo lo anterior, sino meramente aquello que no habrá de reproducirse jamás en una reacción lastimosa. El medio de que la evolución se vale, sepárase mucho del medio de que se vale por su parte la revolución en la obra de ir desarraigando lo reaccionario y lo malo. En ésta, con exterminar las vegetaciones ó especies sociales contrarias al progreso basta, sin que haya necesidad ninguna de temer su reaparición y reproducción: mientras en aquella se cambia el suelo de que una especie se nutre, y el aire que respira, poco á poco, gradualmente, pero en términos de que no pueda reaparecer jamás por serle contrario al medio ambiente. La revolución suele olvidar cómo el ojeo, la caza, el exterminio artificioso de las instituciones reaccionarias resulta inútil, cuando el medio ambiente las prospera, en tanto que, si éste se cambia, como pide la evolución sin violencias, pero sin retrocesos también, las instituciones desaparecidas no reaparecen jamás, por falta de aquellos elementos, á cuya virtud brota y crece la vida. Carecerá la evolución de aquellas inspiraciones sublimes, de aquellos milagros theúrgicos, de aquellos combates heroicos, de aquellas idealidades relampagueantes que caracterizan á las revoluciones; pero, en cambio, no promoverá lo más terrible que traen siempre consigo aparejado éstas, no promoverá una reacción en cuyas sirtes tristi-